

Boris Cyrulnik

Escribí soles de noche

Literatura y resiliencia

Traducción de
Alfonso Díez

Herder

Título original: La nuit, j'écrirai des soleils
Traducción: Alfonso Díez
Diseño de la cubierta: Melina Belén Agostini

© 2019, *Éditions Odile Jacob, París*
© 2026, *Herder Editorial, S. L., Barcelona*

ISBN: 978-84-254-5288-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.cedro.org).

Imprenta: Ulzama Digital
Depósito legal: B-9.077-2026

Impreso en España – Printed in Spain

Herder
www.herdereditorial.com

Índice

ALGUNAS PALABRAS PARA TEJER EL VÍNCULO	11
CUANDO LAS PALABRAS NOS PERMITEN VER	15
CUARENTA LADRONES CON CARENCIAS AFECTIVAS	19
LA HERENCIA DEL GUSTO POR EL MUNDO	25
ESCONDERSE DETRÁS DE UN LIBRO	33
LA PÉRDIDA NO ES LA FALTA	39
SINESTESIAS	43
TRAZAR PALABRAS PARA SOPORTAR LA PÉRDIDA	47
EL ROBO Y EL GOCE	53
EL PSEUDO, NOMBRE QUE DESENMASCARA	57
UNA CIENCIA DE LA AFECTIVIDAD	61
DELINCUENTES LITERARIOS	67
LA HUELLA DEL PASADO DA SABOR AL PRESENTE	75
LA MUERTE DA SENTIDO A LA VIDA	81
DESPUÉS DEL FINAL, EL RENACIMIENTO	89
DUELO Y CREATIVIDAD	95
EXTRAÑO Y DOLOROSO PLACER	103
CUANDO LA FALTA DE PALABRAS ESTIMULA	
EL APETITO	107
LA SOBRECARGA AFECTIVA APAGA EL APEGO	113
NO ES EL AMOR LO QUE DA SEGURIDAD,	
ES EL APEGO	119

CUANDO NO SE SABE SER FELIZ	125
VIVIMOS EN MUNDOS DE IMÁGENES	135
EL TEATRO DE LAS PALABRAS	141
LA IDEOLOGÍA IMPLÍCITA DE LAS PALABRAS CIENTÍFICAS	147
CIENCIA E IMAGINARIO COLECTIVO	155
EL ESPECTÁCULO DEL MUNDO ES UNA ÓPERA	165
CIENTÍFICOS Y ESCRITORES	169
DAR UNA FORMA VERBAL AL GUSTO POR EL MUNDO	177
ESCRIBIR PARA SALIR DE LA TUMBA	183
EL ESFUERZO DE ESCRIBIR MODIFICA LA HISTORIA	191
EN EL FANGO, TENER SUEÑOS DORADOS	199
CÓMO DEGUSTAR EL HORROR DE LAS OBRAS DE ARTE	205
AL NO SABER QUIÉN SOY, TENGO EL PLACER DE SOÑARME	211
LA FELICIDAD EN LA ALUCINACIÓN	219
LA POESÍA, LENGUAJE DEL DUELO	225
LITERATURA DE LA HUELLA	231
LITERATURA DEL RECUERDO	239
CONCORDANCIA O DISCORDANCIA ENTRE RELATOS	243
LA MORALEJA DE ESTA HISTORIA	247

Entonces pronunció una frase inaudita:

«Madre, ¿podéis pasarme la sal?».

Nadie daba crédito.

«¡Has hablado, hijo, has hablado! ¿Por qué no hablabas?».

«Porque, hasta hoy, todo era perfecto. No tenía nada que decir».

¿Cómo entender esta pequeña fábula?¹

¿La palabra solo aparece para colmar una falta? Si nuestras almas estuvieran fusionadas podríamos, sin decir una palabra, entendernos, sentir las emociones de otros, adivinar sus deseos, descubrir sus creencias. Para que las palabras nos vengan a la mente, hay que separarse y luego establecer un vínculo verbal con el otro que se aleja.

La palabra nace en la imperfección de la relación, creando así un nuevo mundo confuso, misterioso, mágico, a veces embrujado. Si las palabras solo designaran cosas, el sonido de «tenedor» designaría un objeto duro provisto de dientes. Pero esta palabra designa una representación de cosa: «Este tenedor es misterioso, es malo. Mi hermano pequeño intentó clavármelo en el brazo». O: «Este tenedor me entornece, mi querida abuela me lo regaló un día». El halo afectivo de las palabras es una interpretación del mundo.

¹ A. Sylvestre, *Coquelicot et autres mots que j'aime*, París, Seuil, 2014.

Algunas palabras para tejer el vínculo

Hablamos para tejer un vínculo, escribimos para dar forma a un mundo incierto, para salir de las nieblas iluminando un rincón de nuestro mundo mental. Una palabra hablada es una interacción real, una palabra escrita modifica lo imaginario.

En cuanto empieza a hablar, el niño descubre que puede soportar la ausencia de su madre poniendo en su lugar un dibujo que colma su desaparición. Cuando ella regresa, el joven creador le enseña su obra y la envuelve en palabras para restablecer el vínculo. La falta de una figura presente estimula la creatividad del niño y el dibujo envuelto en palabras activa el apego. Cuando la madre nunca está presente, todo se detiene y la vida psíquica no arranca. Pero cuando está siempre ahí, se crea un apego sin ruptura que adormece la vida psíquica. Por este motivo, el desgarro empuja a producir la obra de arte. Esto no significa que una obra de arte lleve obligatoriamente al desgarro. Que todas las vacas sean mamíferos no quiere decir que todos los mamíferos sean vacas.

«¿Por qué el campo de la herida es, de lejos, el más fértil?».¹

Porque la forma más segura de recoser el desgarro es suturar la herida con palabras.

¹ R. Char, *Lettera amorosa*, París, Gallimard, 1953 [trad. cast.: *Correspondencia*, Madrid, Alfabeto Editorial, 2019].

«¿Por qué escribir cuando uno agoniza en Auschwitz?», preguntó Charlotte Delbo. ¿Por qué Novac, de 14 años, arriesgaba su vida escribiendo en trozos de sacos de papel? ¿Por qué Germaine Tillion, en Ravensbrück, cantó con sus compañeras de presidio una parodia de opereta?² ¿Por qué Antonin Artaud escribió «para salir del infierno»? ¿Por qué Jean Genet se hizo detener cometiendo hurtos estúpidos con el fin de obligarse a «escribir para salir de prisión»?

La creación de un mundo de palabras permite escapar del horror de lo real descubriendo dentro de uno mismo el placer de la poesía, un cuento, una idea bella, una canción que metamorfosea la realidad y la hace soportable.

El mundo escrito no es una traducción del mundo oral. Es una creación porque la palabra escogida para nombrar la cosa es un recorte de lo real que le da un destino. «Escribo para vengarme» o «escribo para dar sentido al ruido» orienta al alma hacia la luz al final del túnel. La palabra que aparece en la mente para designar la cosa impregna el acontecimiento de un significado que proviene de nuestra historia. Recuerdo una reunión en una asociación de supervivientes de la Shoah. El presidente rendía cuentas sobre su actividad durante el año: «Nuestras reuniones interesan a muchas personas. Tenemos demasiado trabajo. Tendríamos que contratar a un... Deberíamos buscar un...». Terminar la frase resultaba insoportable. Entonces alguien dijo, riendo: «¡Pero no podemos contratar a un “colaborador”!». Esta palabra, para los supervivientes de la persecución de los judíos, estaba cargada de un significado proveniente de su historia. En tiempos de paz, la palabra «colaborador» designa sencillamente a alguien con quien se trabaja. Pero para los

² G. Tillion, *Le Verfügbar aux Enfers. Une opérette à Ravensbrück*, París, Seuil, 2007.

que vivieron la guerra y las delaciones, el vocabloapestaba a muerte y esto hacía que no fuera fácil pronunciarlo.

Para Anne Sylvestre, cantante, la palabra «amapola» es un «grito», una «llamada», «una palabra de mejillas rojas y de carreras locas entre el trigo».³ Para ella, la palabra «Liberación» era un desgarró, «una vergüenza tan difícil de soportar que a veces preferiría la desgracia».⁴ Su padre fue *doriotista* durante la Segunda Guerra Mundial, un comunista seducido por el nazismo que llevó a su familia a la desgracia. En 1945, Anne, como tantos otros traumatizados, no podía ni hablar de ello porque las palabras habrían hecho sangrar a su memoria. Callaba para sufrir menos. Prisionera de su silencio, un día se aventuró a hablar: «Desde del momento en que supo, la existencia de aquellos niños perseguidos, rotos, quemados [...], sus lágrimas nunca pudieron compensar el hecho de haber tenido una infancia feliz».⁵ La palabra «Liberación», para ella, significaba vergüenza, vergüenza de haber sido una niña feliz mientras otros niños sufrían torturas insoportables. Necesitó dar un rodeo por las canciones para poetizar lo real y construir su propia realidad.

El conocimiento de la brutal realidad durante la Liberación desorganizó su mundo de niña pequeña: «Tu padre, al que tanto amas, ha participado en el asesinato de más de un millón de niños». ¿Cómo podría llegar a entenderlo? Anne solo pudo soportar el golpe convirtiendo sus emociones dolorosas en expresiones conmovedoras, sorprendentes, elegantes, gracias a la poesía:

Es el vínculo mágico de todas las metamorfosis, la línea indivisible en la que la bailarina deja de sostenerse en

3 A. Sylvestre, *Coquelicot et autres mots que j'aime*, op. cit., p. 11.

4 D. Pantchenko, *Anne Sylvestre*, París, Fayard, 2012, p. 44.

5 *Ibid.*

sus puntas, en la que el cisne se convierte otra vez en pato... me pregunto de nuevo qué hago aquí, si no sería mejor morirse ahora mismo, aquí, de golpe, e imploro sin saber qué ni a quién:

¡Ayuda!
Antes de saltar al vacío
Con una sonrisa.⁶

La bailarina nos encanta sobre el escenario, pero entre bambalinas su realidad es desenmascarada y el dolor reaparece. La poesía crea sainetes en los que lo real se impregna de imaginario y, en su dulce bruma, el sufrimiento embellecido adquiere un sentido personal.

6 A. Sylvestre, *Coquelicot et autres mots que j'aime*, op. cit., pp. 15-16.

Cuando las palabras nos permiten ver

El lenguaje debe ser enigmático para dejar espacio a la interpretación. Un lenguaje preciso sería solo designación, señal de la cosa, sin vida emocional ni vibración, únicamente información destinada a desencadenar una respuesta. Hace falta una ilusión, un conjunto de sainetes verbales para dar vida al placer de pensar.

Cuando el microscopio fue inventado en 1590 por el holandés van Leeuwenhoek, su invención permitió ver por primera vez un espermatozoide, un pequeño organismo encapsulado en una membrana: por eso lo llamaron «célula». Pero cuando el microscopio electrónico llegó a los laboratorios en el siglo xx, vimos que esas membranas estaban tan llenas de canales que podríamos haberlas llamado «coladero», cambiando así la representación de la cosa. La palabra «casa» que podemos leer en la Biblia designa un objeto que existía hace miles de años. La misma palabra «casa», empleada en pleno siglo xxi, designa un hábitat distinto. La palabra «obrero» escrita por Émile Zola no designa la misma condición masculina que la palabra «obrero» tal como hoy se usa. Y la palabra «muerte» no solamente anunciaba el final de la vida cuando la oí en boca de un joven palestino, que le decía a otro niño: «Tu padre es más grande que el mío porque lo mataron». Entonces entendí que para aquel niño las circunstancias de la muerte del padre significaban mucho más que el final de la exis-

tencia. Decir «mi padre murió de viejo» no activa la misma representación que decir «tu padre murió en combate». El sentimiento causado por las mismas palabras es distinto, casi opuesto.

Las palabras escritas poseen un poder de metamorfosis. «En cuanto uno sabe leer, se convierte en lector»,¹ ya no se es el mismo, ha cambiado tu forma de ser humano. «La literatura, como todas las formas de arte, demuestra que no basta con la vida...». La vida únicamente es biología, necesaria pero insuficiente. El arte es la negación de esta vida, ¡la trampa de las palabras crea la sensación de existir! La única realidad es el alma; todo aquello que solo es cuerpo «me parece frívolo y trivial comparado con la pura y soberana grandeza de mis ensoñaciones... A mis ojos, esos sueños son más reales».²

Es un hecho que lo real de las cosas es a menudo algo no consciente. Solo puede hacerse visible y comprensible mediante un procedimiento científico. Lo que llena nuestro mundo mental no es lo real, sino la representación de lo real mediante la ensoñación y el relato. No somos conscientes de la secreción de hormonas o del funcionamiento de nuestro cerebro, pero cuando estamos poseídos por la representación del mundo, es gracias a las herramientas de las palabras habladas y escritas como adquirimos cierto grado de libertad. Para estar de pie o respirar, no tenemos elección, nuestro cuerpo transige con lo real sin ser consciente de ello. Pero cuando damos forma verbal a los acontecimientos que construyen una representación de uno mismo, podemos transformarla sin cesar mediante la creación de relatos.

1 V. Despret, «Habiter le monde autrement, avec des animaux», conferencia en el Collège Méditerranéen des Libertés, Tolón, 24 de abril de 2017.

2 F. Pessoa, *Le Livre de l'intranquillité*, París, Christian Bourgois, 1999, p. 68 [trad. cast.: *Libro del desasosiego*, Barcelona, Acantilado, 2019].

La Segunda Guerra Mundial fue la causa de mi infancia caótica. Entendí que era judío a la edad de 6 años, durante la madrugada de mi detención, el 10 de enero de 1944, por parte de la Gestapo francesa asociada al ejército alemán. Nadie podía habérmelo dicho, pues ya no había judíos a mi alrededor. Estaban todos en Auschwitz, en el ejército francés o en la Resistencia. Los Justos³ cristianos que estaban conmigo quisieron protegerme y no me lo dijeron. Después de la Liberación, cuando contaba mi arresto, mi huida y mi guerra a los 6 años, los adultos se echaban a reír. Un real así era para ellos impensable. Su incredulidad hizo que me callara durante cuarenta años. Tras encontrar archivos y testigos quise reflexionar sobre esta curiosa infancia. Escribí un libro al que di la forma de una investigación y no la de una autobiografía.⁴ Comparé mis recuerdos con documentos oficiales, volví a los lugares de la guerra y me encontré con algunos testigos de aquella época traumática.

Entonces leí en documentos administrativos algunos hechos que no sabía y que cambiaron mi vida. Fui a la sinagoga de Burdeos que había sido transformada en prisión, en 1944, con alambradas y soldados armados, y tuve que reconocer que lo que yo recordaba no se correspondía con la realidad de los hechos y de los edificios. Cuando hablé con algunos testigos que habían sufrido la ocupación alemana igual que yo, la vida en los orfanatos y la liberación de Burdeos, de Bègles y de Castillon-la-Bataille, me sorprendió mucho la poca concordancia entre nuestros recuerdos respectivos.

3 Se denomina de este modo, «Los Justos entre las Naciones», a aquellas personas que auxiliaron a la población judía durante la Segunda Guerra Mundial, y, más en general, según la tradición hebrea, a todos aquellos que, aun no siendo de su confesión o siendo extranjeros, merecen consideración por su conducta moral. (*N. del E.*)

4 B. Cyrulnik, *Sauve-toi, la vie t'appelle*, París, Odile Jacob, 2012 [trad. cast.: *Sálvate, la vida te espera*, Barcelona, Debate, 2013].

Lo que más me sorprendió fue la modificación de mis recuerdos. Después de haber escrito el libro, ya no podía ver mi infancia de la misma manera. Durante cuarenta años había permanecido muda, compuesta de imágenes claras, como en una película muda. Después del libro, las conferencias, los debates, los descubrimientos sorprendentes y a veces las críticas, mi infancia se convirtió en una vida leída y ya no imaginada en silencio. A partir de aquel momento, mis recuerdos de infancia me dieron la impresión de ser los de la infancia de otro, interesante pero separada de mí. El trabajo de la escritura había modificado mi memoria.

Ahora sé que, gracias a los relatos íntimos, relatos compartidos con algunas personas cercanas y relatos que la cultura en la que vivimos cuenta sobre nuestra infancia rota, siempre es posible escribir otras vidas.

Cuarenta ladrones con carencias afectivas

Un recién nacido abandonado no tiene ninguna oportunidad de sobrevivir. El cuerpo de su madre le ofrece el primer nicho sensorial que tutoriza su desarrollo. Desde los primeros meses de vida, el nicho se expande e integra rápidamente otra base sensorial, otra figura de apego a la que podríamos llamar «padre» o «abuela» o «tía», según la estructura familiar. Esto significa que, desde el principio de la vida, la organización social dispone alrededor del niño tutores del comportamiento y de la palabra que dirigirán su desarrollo biológico y afectivo desde muy temprana edad.

A veces, ese nicho se ve alterado por la enfermedad de la madre, la violencia conyugal, la precariedad social, el hambre, las epidemias, las guerras y muchas otras desgracias que no son infrecuentes en la existencia humana. Estos niños forman parte de la población de quienes han empezado mal en la vida. La alteración del entorno altera los primeros estadios de la construcción de su pequeña persona. A veces ocurre que ese nicho permanece desierto cuando muere la madre y el entorno no suministra un sustituto sensorial adecuado, otro ser vivo que con su cuerpo, su comportamiento y sus palabras estructure un nuevo nicho para acompañar su desarrollo. Aislado, el niño muere. En un nicho alterado, experimenta un mal comienzo que estropea su desarrollo, pero esta tendencia no es algo inexorable y esto se explica mediante la posibilidad de resiliencia.

En los inicios de la humanidad, la desaparición de la madre era compensada por la estructura del grupo. Algunos cazadores-recolectores, hombres y mujeres, iban juntos a recoger fruta y a cazar pequeños animales. El niño que acababa de perder a su madre podía seguir su desarrollo en el nicho compuesto por el grupo. Cuando la civilización se hizo más compleja, la tecnología organizó progresivamente las sociedades. La eficacia de las armas, la precisión de las trampas, especializaron al grupo de cazadores. Los hombres, que se marchaban lejos, ya no participaban del nicho sensorial de los primeros meses de los recién nacidos. Cuando, durante el Neolítico, la cría de animales y la agricultura planificaron las actividades del grupo, el nicho sensorial se estructuró en función de este nuevo entorno. Si la madre moría o no podía ocuparse del niño, la civilización ofrecía un nuevo nicho sensorial para que el niño pudiera vivir. El sustituto afectivo dependía de la forma en que cada cultura concebía la educación de los niños. En una cultura simple, los niños pequeños seguían a los hombres, los imitaban y aprendían la tecnología de la caza, la pesca, la ganadería y la agricultura. Las niñas seguían a las mujeres y aprendían a ocuparse del huerto, del hogar y de los recién nacidos. Curiosamente, estos límites educativos daban a los niños una impresión de libertad. En las favelas brasileñas, en los pueblos indígenas de Perú, Colombia o en el sur del Magreb, vi a niños jugar y correr por todas partes con total seguridad. Todos los adultos se consideraban padres de todos los niños y se sentían responsables de ellos. Los niños obedecían a los adultos sin salir nunca de los límites del pueblo.

La estructura de este nicho sensorial experimentó cambios según el clima, la tecnología, las guerras y los relatos que atribuían valores distintos a la conducta. El pueblo protector, educativo y restrictivo se mantuvo hasta la explosión industrial del siglo XIX. «En el año 1797, una medida guber-